



ETERNITÉ

Mikhail Tolpygo, viola / violín
Manuel González, piano



URTEXTonline

www.urtextonline.com tu sitio de casa



A black and white photograph of a grand, ornate chandelier hanging from the ceiling of a concert hall. The chandelier is multi-tiered with many glowing lights. The ceiling above it is decorated with intricate scrollwork and a large circular medallion. The lower part of the image shows the curved balcony of the concert hall, filled with an audience of people.

ETERNITY

Mikhail Tolpygo, viola / violín
Manuel González, piano



URTEXT
DIGITAL CLASSICS

F. Chopin

Sonata Op. 65 for cello and piano

Arr. for viola by Mikhail Tolpygo

- 1 Allegro moderato [14:41]
- 2 Scherzo [5:04]
- 3 Largo [3:48]
- 4 Finale [5:04]

C. Franck

Sonata in A Mayor for violin and piano

- 5 Allegretto ben moderato [6:13]
- 6 Allegro [7:42]
- 7 Recitativo - Fantasia [7:46]
- 8 Allegretto poco mosso [5:54]

Producción ejecutiva: Marisa Canales y Pedro M. Carmona Ortíz

Producción musical: Marisa Canales

Ingeniería de audio: Ing. Pedro M. Carmona Ortíz y José Eliézer Peña

Diseño: Sergio A. Rangel Carbajal

2010 © y ® Urttext S.A de C.V.

Agradecemos a la Escuela Vida y Movimiento del Centro Cultural Ollin Yoliztli en especial al Maestro Gonzalo Romeu el habernos permitido utilizar la sala Hermilo Novelo para la realización de esta producción.

“(la) música me parecía algo más auténtico que todos los libros conocidos. A veces pensaba que se debía al hecho de que, como lo que sentimos en la vida no es en forma de ideas, su traducción literaria, es decir intelectual, da cuenta de ello, lo explica, lo analiza, pero no lo recompone como la música, donde los sonidos parecen adoptar la inflexión del ser y reproducir esa punta interior y extrema de las sensaciones...”

Marcel Proust.

3

“Las frases sinuosas y desmesuradas, tan libres, tan flexibles, tan táctiles, que comienzan buscando y ensayando su lugar fuera y lejos de la dirección de la cual partieron, muy lejos del punto al cual hubiéramos esperado que llegara su toque y que no se escapan de este halo de fantasía más que para volver, mucho más deliberadamente –con un regreso más premeditado, con mucha mayor precisión, como sobre un cristal que resuena hasta hacernos gritar – para golpearnos el corazón.”

Estas líneas que Marcel Proust escribió acerca de Frederic Chopin, 1810-1849, hablan por sí mismas del poder de esta sonata. Para él, Chopin representaba lo que es tan emocionante en esta obra, es decir, el dolor último que nos revelan sus acordes, haciéndonos sentir, sin embargo, el fluir que nos arroba. Conocido como un gran apasionado, enamorado de la muerte desde siempre y un tanto enfermo por su aura de compositor romántico, Chopin nos entrega su revelación personalísima

del misterio del amor. Como un gran enamorado intentó siempre fundir en sus frases, ocultar, el infinito miedo que le ocasionaba la posibilidad de vivir un amor de una manera definitiva, pues temía que, al ser así, dicho amor perdiese su capacidad creadora y deviniese, contra sí mismo, algo ajeno a su naturaleza fugaz y huidiza. Protegido por su carácter tortuoso y autónomo, logró imprimir a su obra ese mismo eco misterioso que nos avvicina radicalmente al hechizo primordial de vivir. Sí, amar, vivir, sin por ello entumecernos en esa extraña felicidad que consiste, y resiste, sólo a cambio de inventarnos permanentemente en ese grito doloroso, fugaz, intempestivo, que llamamos Creación. (Luz acogedora que nos protege arrojándonos, exiliándonos hacia esa otra zona del alma que hace de la vida oscura, anterior a toda palabra, ese encuentro donde siempre somos “pasión”).

4

Mientras en el aire flota intacta la emoción y en la mirada fluye el espejismo de un tiempo que vivimos sin morir; mientras el intervalo del sonido nos entrega su silencio y nos coloca ante el milagro de una duración inesperada, en nuestros oídos cobran vida esas frases, esas famosísimas frases de la “Sonata de Vinteuil”, como la confesión susurrada de un tiempo que recobramos sin saberlo... Sí, en la fusión de los acordes de distintos lenguajes que en su armonía tocan lo perfecto, Marcel Proust, (1871-1922), compuso la “sonata literaria” que todos sus lectores nos empeñamos en identificar y que, después de varios intentos, una vez más como si fuese la primera vez, acabamos por reconocer en su absoluta originalidad. En la creación de estas “frases” la sonata para violín y piano de Cesar Franck, (1822-1890) ocupa un lugar importantísimo; si bien Marcel Proust señaló ciertos elementos para aproximar ambas sonatas, las líneas musicales del compositor revelan una absoluta autonomía con

respecto a las del escritor. El juego literario, así como el musical, remiten, ambos, a un mundo propio y suficiente que se conecta, sin embargo, en el umbral más último de la intimidad. En las dos obras, de una manera sutil y, a un tiempo, apasionada, nos sumergimos en el misterio de una nostalgia compartida por todos los hombres, desde siempre, en referencia a un tiempo que vivimos apenas y que, también apenas, alcanzamos a intuir en su majestuosa indiferencia. Sí, tanto Franck como Proust, en sus obras respectivas, nos instalan en la suerte, ¿trágica?, de durar, sin alterar, en ningún momento, la revelación de un instante que no termina.

Ambas obras, la musical y la literaria, nos introducen directamente en el tiempo mismo que nos vence en su tristeza, en esa melancolía, única y siempre la misma, de un amor que no quiere atender nuestras súplicas y que se niega a coincidir, aunque solo fuese por un instante, con el tiempo común que se ha perdido en el recuerdo.

5

“...nada se parecía tanto como una hermosa frase de Vinteuil a ese placer particular que yo había sentido a veces en mi vida, por ejemplo frente a los campanarios de Martinville, ante algunos árboles de un camino de Balbec, o más sencillamente, en el comienzo de esta obra, al hecho de beber una cierta taza de té.”

Marcel Proust.

La música es el lenguaje que nos revela la esencia perdida de antemano, ayer, siempre, de este mundo interior que ella nos ofrece y nos oculta en un único acorde permanente que nuestros sentidos deben atender. La música es similar a esos guiños atrapados al vuelo que nos entregan esos gestos insinuados apenas y que nos prometen algún abrazo posible, acogedor en su distancia...

¿Qué otro lenguaje podría revelarnos esa magia furtiva que consiste en hacer audible lo invisible en su permanente huída?

Un piano repite sin cesar su llamado mientras la viola nos recuerda, sin tregua, que el encuentro no es sino una búsqueda diferida, por siempre pospuesta, instalada en cada pliegue del alma. Fluyendo en esos “vacíos” del tiempo, el amor calma y se pierde en su eterno “fue”: ¿cómo hacer tangible la cualidad de una mirada que nos remite, eternamente, a la imposibilidad de cumplirse como abrazo?. ¿Cómo no sentir, atrapados por esta música terrible y casi pura, la fragilidad de todo encuentro, la fuerza de la pérdida que siempre estuvo en el pasado que pasó?

La música posee el don de hacer de cada uno de nosotros el receptor sutil de todas esas realidades que la literatura describe, profundizando, en los escuchas atentos, su propio silencio suplicante, la prisión a la que estamos arrojados, pese al privilegio milagroso de habitarla.

¿Qué oímos realmente, qué interpretamos, cuando queremos realizar el acto solitario de ser creadores, traductores, de una Creación inacabada?

Quizá solamente el murmullo “ordenado” de nuestros deseos más secretos, el lugar donde ellos mismos se han vuelto hacia su soledad, y donde la soledad, ella misma en su irremediable abandono, se ha tornado anhelante susurro fugaz de compañía en ese “eco” doloroso que llamamos amor.

Ahí, en esa vida interior que de ordinario permanece oculta, protegida por esas capas que la han enmudecido, ahí, ahí nuestros interpretes, Mikhail Tolpygo y Manuel González, logran llevar a cabo la transfiguración a la cual nos invita la música, la obra de arte que hoy tenemos el privilegio de escuchar y que, simplemente, nos remite a esa otra gran obra de arte, total y absoluta, que hace un poco más amable, respirable y profundo, el hecho mismo de vivir.

“...no es posible que a una escultura o a una música cuya emoción se siente más elevada, más pura y más verdadera no corresponda una cierta realidad espiritual...”

Marcel Proust

Para que la vida no carezca de sentido, escuchemos el rumor de su secreto; hagamos un secreto con ella y vivamos en su contemplación.

Tatiana Espinasa Yllades

MIKHAIL TOLPYGO, *viola / violín*

Nació en 1941 en Cheliabinsk, en la entonces Unión Soviética. Egresado de la carrera de violista del Conservatorio Tchaikovsky de Moscú, fue alumno de Vadim Borisovsky, quien fuera alumno del eminente Profesor Bakaleinikov, amigo cercano de Rachmaninoff. También estudió Dirección de Orquesta con Igor Markevich. Realizó estudios de violín con Elizabeth Gilels, de quién adquirió la tradición de la escuela rusa de violín. También estudió pedagogía con Vladimir Wulfman. Es reconocido internacionalmente como intérprete de obras de compositores modernos, muchas de las cuales han sido escritas para él, aunque su repertorio abarca prácticamente todas las obras escritas para viola y viola de amor. Fue profesor de la cátedra de viola del Conservatorio de Moscú y condecorado como Artista del Pueblo por el Gobierno de la Ex- Unión Soviética. Varios de sus alumnos ocupan el lugar de primera viola en importantes orquestas alrededor del mundo. Ha grabado más de 25 discos como solista o integrante de los más diversos conjuntos de cámara. Ha sido laureado del Concurso de todas las Repúblicas de la Ex -Unión Soviética y del Concurso Internacional de Munich.

8 Desde 1967 hasta 1991, fue primera viola de la Orquesta Estatal de la URSS bajo la dirección de Evgeny Svetlanov. Actualmente ocupa el mismo lugar en la Orquesta Sinfónica Nacional de México. Se ha presentado como solista en Japón, Austria, Estados Unidos, la Ex-uniión Soviética, Yugoslavia, República Checa y otros países, y siempre ha recibido las mejores críticas. Ha tocado música de cámara con artistas como Guidon Kremer, Oleg Kagan, Natalia Gutman, Vladimir Ashkenazy, Karina Mndoyan, Emil Gilels, Kogan y Manuel González, por mencionar sólo algunos. También ha grabado discos dirigido por David Oistrach. Actualmente graba para Urtext Digital Classics, haciendo dúo con el pianista Manuel González. Desde su llegada a México ha tenido una intensa participación como recitalista, en música de cámara y solista de orquestas sinfónicas en los festivales y temporadas más importantes del país.

Como Director ha trabajado con Orquestas Sinfónicas y de Cámara en Moscú, Kiev y Smaliensk y con varias orquestas de México.

En otro ámbito, Mikhail Tolpygo estudió artes plásticas en el Instituto Krupskaya de Moscú, en los Talleres de Nikolai Kasatkin y sostuvo una estrecha relación de trabajo y amistad con el artista Boris Kozlov. A los 14 años estudió con el artista italiano Vitollo. Ha participado en varias exposiciones en Moscú, San Petersburgo, Zagorsk y Tzaritzino.

En México expuso en el Instituto Politécnico Nacional y en el Foro Domecq. Algunas de sus obras se encuentran en colecciones privadas en Alemania, Austria, Australia, Israel, Japón, Rusia y México.

El Mtro. Tolpygo es también laudero profesional, algunas de las violas construidas por él se encuentran en colecciones en Yugoslavia y Japón. En México enseña laudería y artes plásticas.

Mikhail Tolpygo toca una viola construída por el Maestro italiano Gasparo da Salò “Bertolotti” (1540-1609)

MANUEL GONZÁLEZ, *piano*

Nació en la ciudad de México donde inició sus estudios musicales a la edad de cinco años, bajo la dirección de los maestros José Ordóñez y Alfonso de Elías, en las materias de piano con el primero y de armonía y contrapunto con el segundo.

Posteriormente obtuvo una beca para realizar estudios de posgrado en Rusia, en el Conservatorio Rimsky-Korsakov de San Petersburgo, con la Profesora Tatiana Kravchenko, quien fuera alumna del eminente pianista y pedagogo Lev Oborin, y en Moscú con el pianista Boris Bejterev. También ha cursado estudios de perfeccionamiento con Gyorgy Sandor, Paul Badura Skoda y Fritz Steinegger.

Se ha presentado en México, Estados Unidos, Francia, Alemania, España, Cuba y Rusia. Ha sido solista de las principales orquestas del país bajo la dirección de figuras de la talla de Sergio Cárdenas, Carlos Miguel Prieto, Eduardo Diazmuñoz, José Guadalupe Flores, Alessandro Siciliani, Enrique Pérez Mesa, Fernando Ávila, Stefano Trasimeni y Gregory Novak por mencionar algunos.

Desde 1995 al 2007 Manuel González y Mikhail Tolpygo presentaron cientos de conciertos con repertorios que iban desde los compositores rusos mas importantes hasta los románticos europeos mas trascendentes. Actualmente ha formado un dúo de pianos con la pianista Marta García Renart, y se presenta con regularidad en diversos foros del país. Manuel González actualmente graba para el sello discográfico Urtext Digital Classics

“(The) music seemed more authentic to me than all the known books. Sometimes I thought it was due to the fact that, since what we feel in life is not in the form of ideas, literary translation, namely intellectual, realizes this, it explains, analyzes, but it does not recompose it as music does, where sounds seem to be taking the inflection of being and play the interior and extreme tip of the sensations... “

Marcel Proust.

10 *“The winding and excessive sentences, so free, so flexible, so tactile, which begin by identifying and testing their place outside and away from the direction from which they started, far beyond the point to which we had hoped their touch would reach and which do not escape this aura of fantasy except to return, much more deliberately –with a premeditated return, with much greater precision, as on a crystal that resonates until we cry out - to strike the heart. “*

These lines that Marcel Proust wrote about Frederic Chopin, 1810-1849, speak for themselves about the power of this sonata. For him, Chopin represented what is so exciting in this work, ie the ultimate pain revealed by its chords, making us feel, nevertheless, a flow that fascinates us. Known as a great passionate man, in love with death since forever and a bit ill with of his aura of a romantic composer, Chopin gives us his very personal revelation to the mystery of love. As a great lover, he always tried to melt into his sentences -to hide one might say- the infinite fear

that the chance to experience love in a definitive way produced in him, lest, being so, love would lose its creative capacity, and became -against itself- something alien to its fleeting and elusive nature. Protected by his tortuous and autonomous nature, he managed to give his work that same mysterious echo that brings us radically close to the primary spell of living. Yes, loving and living, without the numbness of that strange happiness that consists, and resists, only in exchange for permanently inventing ourselves in that fleeting, sudden and painful scream, we call Creation. (Cozy light that protects us by throwing and exiling us towards that other side of the soul that makes out of darkness, previous to any words, that encounter where we are always “passion”).

While the untouched emotion floats in the air and in our gaze flows the mirage of a time lived without death; while the interval of sound gives us its silence and places us before the miracle of an unexpected duration, in our ears these very famous phrases of the “Vinteuil Sonata” come to life, as the whispered confession of a time that we unknowingly recovered ... Yes, in the merging of the chords of different languages that nevertheless play perfect harmony, Marcel Proust (1871-1922), composed the “literary sonata” that all of us, his readers, strive to identify and, after several attempts, once more as if for the first time, end up acknowledging in its absolute originality. In creating these “phrases”, the violin and piano sonata by Cesar

Franck (1822-1890), has a truly important place and, while certain elements noted by Marcel Proust bring both sonatas close to each other, the composer's musical lines show absolute autonomy with respect to the writer. The literary game, as well as the musical one, refer both to his own, self-sufficient world which connects, however, to the last threshold of privacy. In both works, in a subtle and, at once passionate way, we plunge into the mystery of a nostalgia shared by all men, always in reference to a time barely lived, and which we also barely manage to intuit in its majestic indifference. Yes, both Franck and Proust in their respective works, settle us in the tragic? luck of lasting, without altering, at no time, the revelation of a moment that never ends.

Both works, musical and literary, place us directly into time itself, the time that defeats us in its sadness, in that melancholy, unique and always the same, of a love that will not listen to our pleas and refuses to coincide, if only for a moment, with the shared time that is lost in memory.

12

"... Nothing resembled more to a beautiful phrase of Vinteuil than that particular pleasure I had felt at times in my life, for example before the steeples of Martinville, before some trees on a road in Balbec, or more simply, at the beginning of this work, to the mere fact of drinking a certain cup of tea. "

Marcel Proust.

Music is the language that reveals the essence lost beforehand, yesterday, always, of this inner world that it offers and hides from us in a single, continuous chord that our senses must address. Music is like those winks caught in flight; delivered by tiny gestures that bear the implied promise of a possible embrace, cozy in its distance ...

What other language could reveal that furtive magic which consists in making the invisible audible in its ongoing flight?

A piano endlessly repeats its call while the viola reminds us, relentlessly, that the meeting is only a deferred search, forever postponed, and settled in every fold of the soul. Flowing in those “gaps” of time, love calms us and looses itself in its eternal “was”: How to make tangible the quality of a gaze that reminds us, eternally, its impossibility of becoming and embrace?. How not to feel, trapped by this terrible and most pure music, the fragility of every encounter, the strength of the loss that was always in the past that happened?

Music possesses the gift of making each of us the subtle receiver of all these realities that literature describes, deepening in the attentive listener, his own pleading silence, the prison in which we are thrown, in spite of the miraculous privilege of inhabiting it. 13

What do we actually hear, what do we interpret, when we perform the solitary act of being creators, translators, of an unfinished Creation?

Perhaps only the “orderly” murmur of our most secret desires, the place where they themselves have turned toward their loneliness, and where loneliness itself in its hopeless abandonment, has become a yearning, fleeting whisper of companies in that painful “echo” we call love.

There, in that inner life that remains usually hidden, protected by those layers that have rendered it mute, there, our performers, Mikhail Tolpygo and Manuel Gonzalez manage to carry out the transfiguration to which music invites us, the work

of art that we now have the privilege of hearing and that simply refers us to that other great work of art, total and absolute, which makes the very fact of living, a little kinder.

“.. It is not possible that to a sculpture or a music whose emotion is felt higher, purer and more real does not correspond a certain spiritual reality ...”

Marcel Proust

14 For life not to be meaningless, we must hear the murmur of its secret, make a secret with it and live in its contemplation.

Tatiana Espinasa Yllades

MIKHAIL TOLPYGO, *viola/violin*.

Born in 1941 in Cheliabinsk in the then Soviet Union. He obtained his degree in viola from the Tchaikovsky Conservatory in Moscow, as a student of Vadim Borisovsky -pupil himself of Bakaleinikov who was a close friend of Rachmaninoff-. He studied conducting with Igor Markevich, pedagogy with Vladimir Wulfman and violin with Elizabeth Gilels, from whom he acquired the great tradition of the Russian violin school. He is internationally recognized as a great interpreter of contemporary compositions, many of which have been written for him, although his repertoire embraces virtually all major works written for his instrument as well as the viola d'amore. Professor at the Tchaikovsky in Moscow he was decorated as an Artist of the People by the Government of the former Soviet Union. Many of his students today hold the principal viola chairs in the most important orchestras around the world. He has made more than 25 recordings as soloist or as a member of the most diverse chamber ensembles. He was a laureate in All-Republics Competition in the former Soviet Union and of the Munich International Competition.

From 1967 to 1991, he was the principal viola of the USSR State Orchestra under the baton of Evgeny Svetlanov. At the moment he holds the same position in Mexico's National Symphony Orchestra. 15

He has performed as soloist in Japan, Austria, the United States, the former Soviet Union, Yugoslavia, Czech Republic and many other countries always receiving accolades from the specialized press. He has played chamber music with such great artists as Guidon Kremer, Oleg Kagan, Natalia Gutman, Vladimir Ashkenazy, Karina Mndoyan and Emil Gilels, to mention but a few. He has also recorded under the baton of David Oistrach. At the moment he records for Urtext Digital Classics, in a duo with pianist Manuel González. From the time of his arrival to Mexico he has had an intense activity as a recitalist, in chamber music and as soloist with the leading orchestras.

As a conductor he has worked with symphonic and chamber orchestras in Moscow, Kiev, Smaliensk and Mexico.

In other endeavors, Mikhail Tolpygo studied visual arts at Moscow's Krupskaya Institute at the atelier of Nikolai Kasatkin's and sustained a close working relationship and

a great friendship with Boris Kozlov. At age 14 he studied with Vitollo. He has participated in several exhibitions in Moscow, Saint Petersburg, Zagorsk and Tzaritzino.

In Mexico he has exhibited his work at the National Polytechnic Institute and the Foro Domecq. Many of his works belong now to private collections in Germany, Austria, Australia, Israel, Japan, Russia and Mexico.

Tolpygo is also an accomplished luthier and many of the violas built by him are now in collections in Yugoslavia and Japan. In Mexico he teaches instrument building and painting.

Mikhail Tolpygo plays a viola built by Italian master Gasparo da Salò "Bertolotti" (1540-1609)

MANUEL GONZÁLEZ, *piano*

16 Born in Mexico City where he began his musical studies at age five, under the guidance of renowned teachers José Ordóñez in piano and Alfonso de Elías in harmony and counterpoint.

Later on he was granted a scholarship to carry out graduate studies in Russia, at Saint Petersburg's Rimsky-Korsakov Conservatory, with Tatiana Kravchenko, pupil of Lev Oborin, and in Moscow with pianist Boris Bejterev. He also participated in master classes with Gyorgy Sandor, Paul Badura Skoda and Fritz Steinegger.

He has performed in Mexico, United States, France, Germany, Spain, Cuba and Russia, both in recital and as soloist with orchestras under the baton of such important conductors as Sergio Cárdenas, Carlos Miguel Prieto, Eduardo Diazmuñoz, José Guadalupe Flores, Alessandro Siciliani, Enrique Pérez Mesa, Fernando Avila, Stefano Trasimeni and Gregory Novak to mention but a few.

From 1995 to 2007 Manuel González and Mikhail Tolpygo performed hundreds of concerts with programs that included the most important Russian and European romantic composers. Manuel González is now actively performing all over the country in a piano duo with Mexican pianist Marta García Renart. Manuel González actually records for Urtext Digital Classics.



URTEXTonline

your homesite www.urtextonline.com

